



Península de niebla

Ernesto Román Orozco.
Ediciones Acirema, Colección de Poesía
San Cristóbal, 2019. 78 p.

José Gregorio Vásquez
Universidad de Los Andes, Venezuela
jovascas@gmail.com



¿Cómo citar?
Vásquez, J.G. (2020). "Ernesto Román Orozco.
Ediciones Acirema, Colección de Poesía".
San Cristóbal, 2019. 78 p.
Contexto, 24 (26), pp. 269-272.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Ernesto Román Orozco. *Península de niebla*.

Ediciones Acirema, Colección de Poesía, San Cristóbal, 2019. 78 p.

La poesía deja constancia de su silencio, de su sonido, de su dolor, de la pena que arruga la palabra y la hace ir a su aparente negación. En el poema toda entrega despierta el lenguaje abruptamente y lo despoja de la atadura que trae la convención, llevándolo a otro lugar del juicio, desprendiéndolo del papel para hacerlo piel, cuerpo, sangre, silencio; olor, caricia provisoria en el secreto puro de la noche y el misterio; ceniza, polvo en el aire infausto del fracaso; sonido: eco luminoso que despierta la palabra y la hace ir incandescente por el murmullo profundo de las sílabas que entonan misteriosas la armonía y la cadencia íntima del poema.

Estos son algunos de los argumentos esenciales del recorrido por esta *Península de niebla* que el poeta Ernesto Román Orozco nos ofrenda como expresión auténtica de sus búsquedas y de sus encuentros. Otros nombres habitan las páginas de este diálogo primordial: la experiencia callada de los maestros, la flor secreta de las oraciones antiguas, el murmullo silencioso de los aedas del alma, el aire de los *sutras* que mueven la palabra para hacerla oración del alba, del canto, de la naturaleza toda:

ABEJA DELUZ

Me he formado
con la claridad del día.
Mis maestros son los pájaros:

los más antiguos
me alimentan con lombrices
en sus picos. Sólo Buda

conoce mi fe por estos ríos;
los intentos de disolver mi yo
en ráfagas de miel.

La niebla sacude el poema. Lo atrapa. Lo despoja de toda claridad. Lo hace partícipe de una nueva tierra, nunca la misma, pero sí la que aún sigue envuelta bajo el aire de la orfandad que atestigua el murmullo de los días. Yves Bonnefoy, entre otros, también sacude la palabra del poeta para llevarlo a la espesura del adiós. Principio de cada poema, final de cada sonido.

Solo así el poema encuentra casa en el cuerpo, en la palabra, en el sonido de esa palabra que trae viento de otra afrenta e impulsa la propia para continuar desbordándose entera en la mudanza que lo hace ir hacia la desesperada desventura de lo inmediato. La poesía nos ofrenda este sacrificio desde el lugar que acoge como refugio. En él la palabra prevalece, trasciende, encuentra acomodo para resguardar su viejo y nuevo enigma, su resplandor, su exilio: el otro arraigo que la protege en el pliego transparente de la vida. La senda se muda al misterio del poema y el poeta emprende a cada plenilunio su marcha a pie por la sílaba siempre oscura e incomprensible de la palabra: su mayor enigma en el papel.

Ernesto Román Orozco nos ha acostumbrado a leer el poema que se desdibuja en el papel bajo esta singular poética hoy reafirmada vitalmente. En su obra es el poema el que brilla en el árbol o palidece en la nostalgia. Es el poema el que vibra en el viento de la infancia: el lugar sagrado que palabra nos vuelve a recordar al entregarnos su sonido con el aroma del alba y su secreto. El poeta ha trasegado así los otros laberintos del papel para llegar seguro al viejo sonido de la casa que lo habita.

CAMINANTE

En la montaña
una roca libra un chorro
dorado de miel. Cada noche,
un monje sube y se alimenta,
luego canta y enciende
velas e inciensos.
Saca del bolso
la túnica de su morriña,
y un cristalino sándalo de lágrimas.
(Un lobo blanco,
con congoja de nubes en su hocico,
aúlla en busca de su compañera).

Quienes atraviesen esta niebla llegarán a otro tiempo en la palabra, a esa otra música que cae con la lluvia, a la letra misteriosa y recóndita del poema: la que trae un eco de otra lejanía ahora libre, callado, vivo en el rumor de la nueva plegaria que el lenguaje ha hilvanado para herir el silencio y entregarlo intacto a la tinta impura del papel. Noble tarea, afanosa, vehemente y sacrificada la del poeta que emprende aquí una búsqueda que traspasa el río antiguo de las tradiciones y la magia reposada de los otros nombres, las viejas herencias, las canciones del tiempo en el tiempo.

El poema se nace de nuevo ante la niebla. Los candelabros alcanzan la claridad herida en el papel cuando un poeta como Ernesto nos devuelve, ahora en este libro, el misterioso poema que ha guardado en la tierra adentro de sus palabras. En él sigue buscando el brillo de los colores ocultos, el aliento de los maestros de la tierra que escriben desde los lugares sagrados del lenguaje. En él también nos dice de su andar cauteloso, de su viaje a la otra edad, a la otra montaña, a la otra paz fulgurante de la palabra, de la niebla que también se desprende del poema y ligera se despide hacia un abismo de otros signos.

Aquí lo tenue aún urge a la palabra para volverla eco, grieta, piedra en la noche, entraña sagrada, lejano eclipse...